

nos) es fugaz, pero viene al principio de la obra, y es bien expresiva de sus primeras lecturas, tanto de los relatos laicos como de los misioneros, y su contraste con los tiempos presentes: «En los comienzos de la conquista de esta parte del mundo [...] muchas de estas regiones de Méjico y Perú fueron descritas por entonces con igual frecuencia que lo han sido en nuestros días los alrededores del puerto Jackson, de Nueva-Holanda [Australia], y la isla de Otaiti [Tahití]; mas si ha de apreciarse con exactitud la sencillez y tinte verdadero y local que caracterizan las narraciones de los primeros viajeros españoles, preciso es [ir] a los lugares mismos [...] El ardor con que se procedía a investigar la América disminuyó desde principios del siglo XVII [...] y en nuestra época, cuando Clavigero publicó en Italia su *Historia antigua de Méjico*, reputábanse dudosos hechos que aseveraban multitud de testigos oculares [...] Un escepticismo absoluto había sucedido a la sana crítica, siempre que se trataba de la historia de los Americanos [...] y aún se tenía por obligación de filósofo negar lo que los misioneros observaron» (Introducción).

Efectivamente, en 1825 escribirá una carta a De la Roquette, redactor de la *Revista de Geografía de París*, emitiendo una opinión crítica sobre la obra de Robertson, para una de sus numerosas traducciones francesas. No por su exactitud histórica sino por su desconfianza de las fuentes: «el autor,... impregnado de la desconfianza filosófica de su siglo y de su país, ha rechazado con excesivo desdén lo que los monjes misioneros, en obras que por otra parte conocía perfectamente, habían expuesto con admirable candor, refiriéndose a la religión y las artes del México y Perú (...) La incredulidad de Robertson... lo indujo a tratar muy superficialmente lo que podría llamarse los orígenes mexicanos» (*Cartas americanas*, Ed. Minguet, 1980:213).

En la segunda de las obras (*Examen critique...*), las referencias a los cronistas de Indias son forzosamente abundantes por la materia del libro, la historiografía del siglo de oro. Pero es interesante, para juzgar del tiempo a ellos dedicado y de su forma de lectura, advertir que Humboldt confiesa llevar treinta años de acopio de materiales, es decir «en todos los momentos libres de apremiantes tareas» desde que conoció en Madrid al cronista oficial de Indias Juan Bautista Muñoz, hace ahora justamente doscientos años. Recientemente se había producido la edición de los materiales reunidos por Muñoz a cargo de su amigo, el académico Fernández de Navarrete, cuya colección de viajes y descubrimientos españoles considera «uno de los monumentos históricos más grandiosos de los tiempos modernos» (trad. española de 1926: pág. 5). Por eso reconoce más adelante: «Con pocas excepciones, acepto el resultado de las investigaciones de Muñoz y

Navarrete» (pág. 69). La obra se centra mucho en la contribución de Colón, cuyos conceptos novedosos intenta rastrear desde al antigüedad, dada su tesis: «Los grandes descubrimientos del hemisferio occidental no fueron producto de feliz casualidad [...] Hicieron importantes descubrimientos porque tenían ideas exactas de la figura de la tierra y de la longitud de las distancias por recorrer; porque sabían discutir los trabajos de sus antepasados» (1926:17).

No solamente se fija en los descubridores, sino en los intérpretes posteriores, que se ocupan de los hechos físicos como la declinación magnética, o la evolución de las sociedades, hasta el punto de llamarlos «inventores de la física del globo», en una frase idéntica, aunque más desarrollada en el *Cosmos*, de donde la tomó Menéndez y Pelayo. Lo que me admira de Humboldt no es que esté al día de las publicaciones de los académicos españoles, o que como éstos pondere el mérito de los documentos del siglo de oro, sino que él mismo domine los textos hasta el grado de poder corregirlos. A la luz de ello, no cabe la menor duda sobre su familiaridad con la lengua española, en matices filológicos de importancia científica. Analiza las consecuencias de una mala interpretación de la carta de Toscanelli por Hernando Colón, transmitida posiblemente por su traductor italiano Alfonso de Ulloa (tomo I, pp. 113-4), o del diario de Colón transmitido por Las Casas, que a veces copia y a veces extracta a Colón (I: 118), lo que produce inconsecuencias en los usos verbales. Más adelante, observa consecuencias peores del mismo hecho, cuando Las Casas dice refiriéndose al Mar de los Sargazos, «marvada de yerba», en vez de «manchas de yerba» (que corrige Humboldt, II: 51). Atendiendo al sentido, al criterio hermenéutico, corrige una carta de Colón, editada por Barcia, en que dice «noruestear», en vez de «nordestear».

Su interés por la documentación española temprana le lleva a descubrir en los archivos de París el mapa de Juan de la Cosa de 1500 (exactamente en la biblioteca del ministro plenipotenciario holandés, el barón de Walckenaer), que publicará como lám. 33 del *Atlas Géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París, 1832). A la muerte del barón en 1853 lo adquirirá el Museo de Marina español, donde se exhibe ahora con orgullo nacional, como pieza maestra del mismo. Justamente sus indagaciones históricas le llevarán también a otra «restitución» honorífica, al librar a Vespuccio de mala intención en el nombre de América, decisión de los traductores franceses de la *Cosmografía* de Ptolomeo que usaron sus cartas a los Medici, tituladas *Mundus Novus*.

Por fin, querríamos recoger la frase que ha sido usada por Menéndez y Pelayo y otros, como prueba de la estimación de Humboldt hacia la cien-

cia americanista del siglo de oro hispano. Según hemos dicho, no es original de *Cosmos* (como muchas otras ideas del mismo, previamente esbozadas en textos anteriores), sino que se encontraba en su *Examen critique* (versión española de 1926, p. 16), pero sí tiene un desarrollo mayor. Al igual que su *Examen critique*, una gran parte de *Cosmos* es una valoración histórica de los textos que Humboldt podría considerar precursores. Toda la segunda parte se titula «Ensayo histórico sobre el desarrollo progresivo de la idea del Universo», es decir, una historia de la ciencia (con muchas menciones a textos hispanos, que no se han usado por nuestra comunidad con la asiduidad que debiera). Nos referiremos especialmente al cap. VI, que se dedica «a la época de los descubrimientos en el Océano»:

El fundamento de lo que hoy se llama la física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla contenido en la obra del jesuita José Acosta, titulada *Historia natural y moral de las Indias*, así como en la de Gonzalo Hernández de Oviedo, que apareció veinte años después de la muerte de Colón [1526]. En ninguna otra época, de las de la fundación de las sociedades, se ha ensanchado tan repentina y maravillosamente el círculo de las ideas, en lo que se refiere al mundo exterior y a las relaciones del espacio. Jamás se sintió con tanta vehemencia la necesidad de observar la Naturaleza bajo latitudes diferentes y a diversos grados de altura sobre el nivel del mar, ni de multiplicar los medios en cuya virtud puede obligarse-la a revelar sus secretos. (Ed. española de 1892: pp. 254-5, y 269-70).

La lectura de dicho capítulo exime de más pruebas para mostrar el evidente «hispanismo» de Humboldt, al que venimos aludiendo. Creo también que la exposición que contiene posee el suficiente componente de elogio, para ver en su autor una pequeña nota de pasión, y para explicar el uso –fugaz, porque sólo conozco el caso de don Marcelino, en una de sus versiones finales de *La ciencia española*, añadida a última hora– dado en la polémica de la ciencia española. Resulta obvia la posibilidad de seguir explorando hoy las vetas nacionalistas que pudo contener y provocar en el mundo hispano –y no solamente en el hispanoamericano– esta curiosidad humboldtiana por los orígenes lejanos de sus nuevas propuestas científicas.

